



aliano con alma de fado

“Es uno de los suyos por querer tanto a Lisboa y si acuden al resto del mundo lo usa Tabucchi, que ahora publica “Se está haciendo cada vez más tarde”

Tribunal Internacional de La Haya. El ensayo tampoco ha sido inmuno a sus ansias de justicia: en *La gastritis de Platón* —que nació con el ánimo de refutar la afirmación de Umberto Eco según la cual “cuando una cosa se quema, el intelectual sólo puede llamar a los bombardeos”— escogió como interlocutor de sus dialécticas contra los intelectuales de salón a Adriano Sofri, un agitador de Izquierdadas condenado a veintidós años de prisión por instigar al asesinato de un comisario, víctima en opinión del escritor de un nuevo caso Dreyfus.

Sostiene Tabucchi que la literatura “...es una forma, laica si se quiere, de dar respuesta a la necesidad religiosa del hombre. En una época como la nuestra, tan lúdica, tan superficial, en la que todo aparece y desaparece en unos instantes, yo he preferido depositar mi confianza en la palabra escrita, porque las imágenes, que nos están bombardeando cotidianamente, que se nos amontonan sin dejar probablemente una huella profunda en nuestra memoria, despiertan en mí muchas sospechas”.

“...es una gran verdad que se expresa a través de la ficción, pero el mundo la ve como un divertimento, como algo sin importancia, y no le presta excesiva atención”.

“...nunca mira el pasaporte. Puedes entrar aunque seas un pobre diablo sin una sola tarjeta de crédito. Se puede vivir sin entrar en el juego de intereses comerciales, recibiendo críticas reincidentes y miradas de sospecha. A la postre, la literatura te acepta y, ¿qué cosa hay mejor?”

“...merece las manchas. Si no, estamos en la geometría y en el teorema de Pitágoras. Yo soy una persona que se hace muchas manchas en la camisa, no entiendo la ambición de los que quieren ser muy elegantes. Tener manchas es una manera de ser humanos.”

Sostiene Tabucchi que su área de acción está en lo intangible, allí donde la razón no se aventura y los empiristas carecen de respuesta. De aquí que se autodefinira como anticartesiano, postura coherente si uno interpreta el hecho creativo como “una zambullida en lo misterioso, en lo insosnable”. Si le pides que escoja entre una idea sensata y una locura descabellada, pondrá todas sus fichas en el casillero de la segunda. Si lo colocas en la disyuntiva de optar por una crónica de sucesos a dos columnas o por la Crítica de la razón práctica de Kant como punto de apoyo para describir el mundo, no dudará en quedarse con el crimen pasional antes que refugiarse en la epistemología del de Königsberg. Quítale al ser humano los sueños y la utopía, resume, y no queda más que una máquina limitada a la gravedad terrenal no es de extrañar escuchar que, de no haberse dedicado a preferir páginas en blanco, le hubiese gustado volcarse en la astronomía. El autor ha reflejado esta pulsión hacia lo inefable e inexplicable jugando (único verbo pertinente) de manera obsesiva con temas como el laberinto, el doppelganger, los acerlijos, los enigmas, el onirismo, la nostalgia, la concepción del tiempo como una banda de Mobius, la angustia vital.... En palabras de Carlos Gumpert, traductor al español de algunas de sus obras y autor de la referencial *Conversaciones con Antonio Tabucchi* (Anagrama): “A los personajes de Tabucchi, como a sus lectores, no les resta más que tomar conciencia, con melancolía y perplejidad, de que el Universo carece de orden. Tal vez por ello dichos personajes, pese a su aparente diversidad, tienen como rasgo común el extravío existencial, al hallarse incómodos, marginados o descentrados de alguna forma respecto a la vida”. A Antonio parece habersele congelado este repliegue interior de sus hijos imaginarios, pues confiesa que “no me siento afín a nadie, me siento solo, no creo en las escuelas. Pienso que las teorías generacionales han sido inventadas por los críticos literarios, quienes necesitan esas clasificaciones para elaborar sus manuales”.

Por la misma regla de tres, detesta participar en congresos a los que acuden sus colegas, y los salones literarios de su país natal no los pisa ni equivocándose de puerta. En el fondo, escribe pensando en contener a sus amigos y, en cuanto a ti, lector, te imagina “como una persona muy disponible, muy flexible desde el punto de vista de la imaginación. También me

gusta verte como alguien frágil, pues temo a esos que van de fuertes, creyendo poseer grandes convicciones, grandes principios. Para decirlo en una frase, te quisiera disponible a la imprevisibilidad de la existencia”.

Sostiene Tabucchi que todos los narradores del siglo XX tienen una gravosa deuda con el cine, la cual se concreta en la aplicación a los libros de dos lecciones esenciales del celuloide: la elipsis y el montaje. Es por esto que, entre rendir pleitesía al manual de cinta y pega de Eisenstein o a la gramática esencial de Todorov, se guarda los agradecimientos para las técnicas del revolucionario del Polermán. Si un director se ha granjeado su respeto, no tiene problemas en cederle los derechos de su obra, y es tanta su confianza que no sólo no se inmiseraría un ápice en su trabajo, sino que además entenderá que de lo hecho a lo rehecho haya un tricho. Hasta ahora han sido sólo los cineastas que han contado con su beneplácito. Alain Corneau (*Nocturno hindú*); Massimo Gluglielmi (*Rebus*); Fernando Lopes (*El hilo del horizonte*); Roberto Faenza (*Sostiene Pereira*); Alain Tanner (*Réquiem*); y Antoni Salgot (*Dama de Porto Pim*). Y si el desfile de actores que han corporeizado sus personajes ha sido generoso, únicamente uno de ellos, el gigantesco Mastrianni, fue capaz de secuestrar la imagen predestinada que tenía conformada uno de ellos, la de ese achacoso y atormentado Pereira al que Marcello cedió una de sus últimas lecciones maestras. Aunque sus cineastas favoritos se llamen Hitchcock y Truffaut, disfruta con todo tipo de cine, como confirma el hecho de que, cuando en los años 60 todos acudían en tropel a las salas oscuras a idolatrar ciegamente a Antonioni, él siguiera prefiiriendo las costumbristas películas de Totó. O, dicho con otras palabras, es capaz de sacarse el sombrero con idéntica elegancia ante *El sol de membrillo* que ante *Blade Runner*. Sólo hay una cosa que no perdona, que el cine norteamericano actual banalice tanto el amor.

Sostiene Tabucchi que entre sus mayores fobias se encuentran las tormentas, los perros, ser fotografiado y cruzar las avenidas de Florencia, ciudad en la que vive, aunque “es poco aconsejable, salvo para tirar unas fotos a las catedrales”. Si le insisitimos para que amplíe el cupo de molestias nos enumerará las novelas históricas, la nouvelle cuisine, la nata en las comidas, los estilistas, las lámparas halógenas, las excursiones en masa, los salones literarios, los domingos y los deportes en general. En la acera opuesta, le brillarán los ojos de placer si le mencionáis las ancas de rana; los cigarrillos con filtro; los gatos; los cuadros de Velázquez (*Las Meninas*, su favorito) y Goya, y a la Pasionaria. Puestos a hablar de literatura, no escatimará elogios para Carlo Emilio Gadda (“el mejor escritor italiano del siglo XX, con un dominio de la expresión lingüística a la altura de Joyce”) y Cortázar (“el mejor cuentista mundial de la posguerra”), con quien dice compartir la búsqueda de lo fantástico en lo cotidiano). Entre los de estos pagos, a la par que el padre del hidalgo manchego que leyera de niño, mencionará a Antonio Machado por su espíritu comprometido (“soy algo feíscista: he visitado la pensión en la que vivió en Soria, he dormido en el parador que lleva su nombre...”) y a Federico García Lorca, a quien dedicó un relato con el que se inauguró en Granada el congreso celebrado con motivo del centenario de su nacimiento, amén de coincidir con él en su admiración por los gitanos. Amanía incondicional de la novela policiaca (con Poe, Simenon, Highsmith y Durrenmatt en la pole position), le entusiasmó tanto Dublín como sopro Ulysses, mientras que de toda la literatura francesa Flaubert es quien más le convence, pues para su gusto tanto Stendhal como Proust tienen una seria hinchazón en el ego. Su único pecadillo inconfesable es una clara curiosidad morbosa por los libros de autayuda, pero lo que de verdad más lee son periódicos, no menos de tres al día. De poder desintegrar alguno de sus defectos, apuntarla al centro de su desorden y su pereza. Por último, el enjuiciado se confiesa progresista, escéptico y laico, y desea resaltar que esto último no entra en contradicción con que vote a los católicos de El Olivo, pues la honestidad de que hace gala Prodi está por encima de cualquier fe.

